

IDENTIDAD PERSONAL Y EDUCACIÓN. ESBOZO DE UNA PROBLEMÁTICA PEDAGÓGICA PERTINENTE EN LAS SOCIEDADES ACTUALES

Antonio Bernal Guerrero
Universidad de Sevilla

Habitamos en un mundo en el que hoy es posible nuestra inequívoca identificación por rasgos distintivos como las huellas dactilares, restos de flujos corporales o cabellos, incluso más allá de nuestra propia muerte y, sin embargo y paradójicamente, nuestra identidad personal se halla en entredicho. Los estilos de vida se homogeneizan y se desdibuja el valor de la individualidad, del sentido personal e irreductible de la vida humana; las propias condiciones de la vida actual conducen con frecuencia a existencias decididamente rotas, más que fragmentadas, para las que resulta a menudo dramático afrontar las adversidades que las desafían con más asiduidad de la deseable. No faltan voces apocalípticas para describir la situación que vive el hombre de hoy, ni tampoco voces nostálgicas que proclaman una vuelta al pasado, un retorno a los supuestos valores que proporcionan las seguridades ansiadas. En este sentido, el cuestionamiento de las viejas certezas suele presentarse a menudo como desastre, como derrota de la humanidad. Nosotros más bien pensamos que es al contrario: se trata de verdaderas conquistas del espíritu del hombre. El conocimiento de los límites del conocimiento humano es el mejor legado del conocimiento del pasado siglo. En efecto, no es posible eliminar determinadas incertidumbres ni en la acción ni en el propio conocimiento. Esto nos sitúa frente a las incertidumbres, ante los destinos también inciertos de colectividades e individuos. Lo cual no significa sumergirnos en un escepticismo alejado de la lucha por hacer un mundo mejor o por tratar de hallar claves para forjar vidas logradas, sino en fijar nuestro punto de partida en el reconocimiento de la complejidad e incertidumbre que encierra la realidad, el mundo de la vida, y, por ende, toda acción pretendidamente humanizadora.

No se exagera si se piensa que la identidad personal está en el fondo de no pocos problemas de nuestro tiempo. No pocos acontecimientos tanto lejanos como próximos a

nosotros se vinculan en última instancia con el problema de la identidad. En efecto, cuántos horrores, atrocidades, crueldades, fobias, odios, angustias, laten en las vidas de las colectividades contemporáneas –como en las de tiempos pasados– por rechazo a la existencia de diferencias de toda índole (étnicas, culturales, religiosas, económicas...), por la negación de aquello que se aprecia como distinto de lo propio. La proteica realidad de nuestras sociedades occidentales ofrece ya un rasgo distintivo: su progresivo carácter multiétnico. Nunca como ahora había sido tan patente la posibilidad de considerar al ser humano como constituido por una sola raza, la humana, sin mayores distinguos. Nunca como ahora había sido tan patente el carácter indeterminado de la identidad. Nunca como ahora habíamos advertido tan claramente que no hay identidades definitivamente heredadas y aprendidas. Las nuevas condiciones sociales y los flujos ingentes e incesantes de población configuran escenarios crecientemente complejos, donde se multiplican sin descanso las interacciones entre individuos y grupos con diferentes referentes culturales.

Los masivos movimientos migratorios conducen a una creciente diversidad intergrupala conflictiva por diferentes razones entre las que late como telón de fondo la cuestión de la identidad. Los jóvenes inmigrantes tienen serias dificultades para construir su identidad. Los modelos que les proporcionan sus familias de origen no les satisfacen plenamente, pero al mismo tiempo no se identifican completamente con los modelos que observan en el lugar de acogida. Las inmensas dificultades que se plantean en el encuentro de culturas diferentes, representativas de identidades sociales también distintas, suscitan conflictos que requieren una evolución a nivel colectivo, como acontece a nivel individual, que exige una tramitación creativa de los conflictos. No puede haber una resolución definitiva del conflicto, porque a un conflicto superado sucederá otro inédito, sí puede haber en cambio gestión de un conflicto a través del esfuerzo imaginativo y del diálogo auténtico. Como dijera Fromm¹: «es destino del hombre que su existencia se halle acosada por contradicciones que está obligado a enfrentar, sin poder resolverlas jamás». Las posiciones más arcaicas, reaccionarias, a un talante democrático e integrador se deben a aquellas personas cuyos temores no saben tramitar o gestionar. De esta forma, los otros son vistos como amenaza para conservar la propia identidad y se ponen en práctica todos los mecanismos de exclusión para preservar la primigenia identidad grupal. Igual que acontece con el niño muy pequeño,

que es incapaz de distinguir aún su yo de los otros, y en una percepción primitiva y tosca, propia de su evidente fragilidad, desarrolla mecanismos defensivos por los que considera proveniente del exterior todo aquello que le ocasiona dolor y procedente del interior, del yo, todo lo que produce bienestar, desplegando cierta animadversión hacia todo lo que considera extraño, los fundamentalismos de nuestro tiempo aspiran a la desaparición de todo aquello que no participa de su pensamiento único (ya gire en torno a la entronización del nacionalismo, a la pretendida pureza de una raza, a un fanatismo religioso, etc.), juzgado evidentemente como el deseable sin género de duda alguno.

Construir la identidad se aproxima, más que nunca, sin embargo, a la idea de una dinámica permanente, generadora de adaptaciones y de readaptaciones, de conflictos y de contradicciones. En las sociedades tradicionales, la pertenencia a un grupo significaba excluir la posible pertenencia a otros. Sin embargo, en las sociedades de hoy, los individuos tienen posibilidades de poder elegir y participar en subculturas diversas, pudiendo debilitarse así las relaciones de pertenencia con sus grupos de origen. La universal necesidad de pertenencia del ser humano puede concretarse, y de hecho se concreta, en modos o formas distintas. Las características culturales del grupo de pertenencia de un individuo (familia, tribu, banda, religión, región, nación, etc.) no han de ser una guía definitiva durante toda su vida, no tienen que suponer necesariamente algo a lo que permanecer asidos a cualquier precio para no perder la identidad. El individuo puede cambiar, mediante su interacción con individuos de otras culturas, esos rasgos culturales de origen por otros y adquirir nuevas identidades.

Pensar en que un individuo ha de apropiarse de las identidades culturales originales y mantener de por vida esta identidad, cueste lo que cueste, es situarse, más pronto que tarde, en una onda de cerrazón y de exclusión abocadas al enfrentamiento social. Una noción excesivamente «culturalista» de la identidad acentúa el etnocentrismo, dificulta o impide la integración de los individuos en culturas distintas, prioriza la comunidad cultural sobre la persona y termina por cosificar al sujeto sometiéndolo a un determinado nicho cultural en el que presuntamente se le promete estabilidad.

¹ FROMM, E. (1981) *La condición humana actual*. Barcelona, Paidós, p. 16.

Es la identidad personal, con todo, la que hace que cada individuo sea el que es y no otro, alguien singular e irrepetible. La identidad personal es ese producto autónomo que cada individuo ha ido construyendo, progresivamente, mediante sus múltiples interacciones con otros individuos en entornos cada vez más complejos y plurales. La construcción de la propia identidad es un fenómeno singular de concreción de las distintas posibilidades de identificación que cada sujeto tiene, dentro de la trama de relaciones interpersonales que configuran su existencia.

La identidad se construye, como no podía ser de otro modo, desde la cultura en la que uno está inicialmente situado, o sea, desde ese sistema relativamente unitario de ideas, creencias y costumbres compartidas por los miembros de una determinada sociedad². A través de la socialización primaria el niño se integra en la comunidad a la que pertenece, interiorizando creencias, normas, valores, costumbres, códigos simbólicos determinados. En las identificaciones que realiza con su entorno el sujeto va construyendo su identidad. Tras los procesos de socialización primaria, conforme va creciendo en autonomía, particularmente a partir de la adolescencia, el sujeto continúa los procesos de construcción de su identidad (socialización secundaria), a veces cambiando radicalmente la identidad adquirida anteriormente. La identidad personal no se construye haciendo abstracción sociocultural. El sujeto se desarrolla en sociedad, en determinados espacios culturales. Entre otros rasgos, ciertos patrones de identificación cultural van configurando la personalidad del ser humano; pero la identidad cultural por sí misma no define a nadie. Nuestra identidad se construye en interacción permanente y dinámica con el medio, mediante las identificaciones posibles que puedan realizarse con ese medio, por supuesto sometidas a procesos cambiantes y abiertos permanentemente a grados de incertidumbre inevitables, constituyendo así un proceso singular y único, que nadie puede vivir por nadie.

² En realidad, no sólo cabe hablar de culturas, sino también de subculturas generadas y desarrolladas dentro de una cultura concreta, diferenciadas entre sí en ciertos aspectos. En las sociedades tradicionales, la pertenencia a un grupo significaba excluir la posible pertenencia a otros. Sin embargo, en las sociedades actuales los sujetos tienen posibilidades de poder elegir y participar en subculturas diversas, pudiendo debilitarse así las relaciones de pertenencia con sus grupos de origen. Las características culturales del grupo de pertenencia de un individuo (familia, tribu, banda, religión, región, nación, etc.) no tiene por qué ser una guía definitiva durante toda su vida, no tienen que suponer necesariamente algo a lo que permanecer asidos a cualquier precio para no perder la identidad. El sujeto puede cambiar, mediante su interacción con individuos de otras culturas, esos rasgos culturales de origen por otros y adquirir nuevas identidades.

No es infrecuente observar cómo en virtud de una identificación colectiva, se corre el serio riesgo de abandonar la individualidad personal. Uno de los riesgos de cambiar la identidad personal por la identidad del grupo es la llamada «identidad autotrascendente», la cual viene a significar el cambio de la libertad de pensamiento y acción por la sumisión al colectivo, que reclama uniformidad de creencias y conformidad de conductas³. El beneficio inmediato que concede tal identidad es la seguridad. Invocando al instinto de pertenencia, el grupo ofrece una fácil identificación, y el individuo rápidamente encuentra la consideración y el afecto necesarios por parte del grupo⁴. No obstante, la realización plena de la persona consiste en lograr hallar su identidad como ser único, y no perdida o desdibujada en cualquier tipo de identidad autotrascendente. Al tratar de ser uno mismo también se es parte de la humanidad, reconocemos de esta manera la identidad de los otros y podemos ser igualmente reconocidos como sujetos singulares.

La identidad se forja en el proceso de evolución personal de un individuo. Conservando la convicción de ser el mismo a lo largo del tiempo vivido, el sujeto puede sufrir modificaciones en su identidad durante toda su existencia. Un niño de pocos meses no puede construir un sentimiento de identidad propiamente dicho, pero sí puede construir paulatinamente un esquema corporal con el que podrá ir construyendo una conciencia de sí mismo tanto en su relación con los demás, con aquellas personas que le cuidan, como en su interacción con los objetos de su entorno. A través de las múltiples sensaciones corporales que el pequeño va experimentando, con personas y cosas, consigue progresivamente una cierta autoconciencia, un *yo* incipiente⁵. Conforme va avanzando en su proceso de maduración neurofisiológica y psíquica, el niño logra un

³ En los distintos fundamentalismos de nuestro tiempo puede apreciarse una identificación colectiva extrema. Por ejemplo, la violencia étnica no es más que una variante de los fundamentalismos más rudos y neronianos. En el seno de estos fundamentalismos se justifica toda aniquilación de aquellos considerados enemigos. Los individuos participantes en tales atrocidades pretenden hallar una identidad en el grupo, de la que carecen por sí solos, sirviéndose de prejuicios para combatir sentimientos que amenazan su integración y bienestar emocional. Estos grupos edifican una moral perversa justificadora de todas las sevicias y brutalidades imaginadas para eliminar al diferente, aliviando el horror que pudiera sobrevenir en la reflexión y la experiencia individual, separada, mediante la cohesión y la seguridad que el grupo le ofrece.

⁴ Desde luego, el colectivo hace que el individuo se sienta querido y hasta necesario. De hecho, la mayoría de personas si son interrogadas acerca de su propia identidad probablemente respondan en términos de identificación colectiva: pertenencia a una profesión, a una religión, a un país, a un partido político, a una determinada sociedad o asociación...

⁵ Desde pequeños nos invade un mar de informaciones, en forma de sentencias, breviaros de comportamiento, que pretenden supuestamente impulsarnos a la eterna pretensión de felicidad humana;

mayor dominio psicomotor y, lentamente, progresa en autonomía. Puede afirmarse que hasta pasada la adolescencia no se llega a alcanzar la identidad en un sentido más preciso, gracias a todas las experiencias de interacción con los demás y con el medio exterior considerado globalmente. Curiosa y paradójicamente, en todo este proceso se produce un movimiento hacia la segregación, hacia la independencia, hacia la individuación, que resulta básico para llegar a construir la identidad personal; pero, al mismo tiempo, no es posible la individuación del sujeto sin la participación de los otros.

En su vida, un sujeto se encuentra con diferentes modelos ideales⁶ que para él son valiosos y a los que querría parecerse. Tales modelos son transmitidos por las personas que admira o quiere, o ambas cosas a la vez, y posibilitan la interiorización de imágenes valorizadas que pasarán a formar parte de su psique. A nadie escapa que estos modelos ideales, a través del proceso identificatorio que suscitan en el sujeto, influyen en la orientación vital adoptada y coadyuvan a la configuración de la conciencia del individuo. Obviamente, hay ideales más primitivos, propios de las primeras fases de la existencia, e igualmente hay ideales que se logran en etapas más evolucionadas dependiendo del cúmulo de experiencias vividas; las diversas modalidades de identificación dependerán del grado de maduración y desarrollo mental del sujeto en cada momento. En el curso de la vida misma los ideales pueden modificarse, unos se abandonan, otros perduran, otros se adquieren. Este proceso identificatorio es dinámico, se trata de un sistema vivo.

No se trata de hacer un planteamiento bifronte e irreconciliable entre «identidad cultural» e «identidad personal». Ambas identidades no han de ser necesariamente incompatibles. Más bien, se trata de orientar adecuadamente la necesidad de pertenencia social que todos sentimos, de canalizar convenientemente nuestros apegos afectivo-grupales. Esta orientación, o reorientación, no puede ser, nuclearmente, más que genuinamente ética. Y entre los valores morales que guían a las comunidades, ha de hallarse como pieza clave el primado de la persona, como valor supremo, como fin en sí mismo, necesitada de libertad. La cultura está al servicio de la persona y conviene estar alertados ante las influencias culturales, que a menudo oprimen más de lo soportable.

en esa marea cargada de señales para la vida deseable, según los patrones de cada cultura, se encuentra la moral vigente, a modo de una madeja laberíntica de diversas extracciones, orígenes y naturaleza.

⁶ Entiéndase por idealización ese mecanismo psíquico por que un objeto (persona, cosa, concepto, etc.) queda convertido en un modelo ideal.

Pero no ignoramos las enormes dificultades que estas ideas presentan en la práctica, en la realidad (nacionalismos violentos, segregaciones culturales, brotes de racismo y de xenofobia, fundamentalismos opresores de distinto signo...). Es mucho el camino que aún queda por recorrer.

Avanzar culturalmente, progresar en civilización, implica buscar, sin desaliento y sin reposo, aquello que más nos conviene hacer para evitar la marginación y la exclusión. Igualmente, significa aumentar la capacidad de información y de decisión de cada persona acerca de la forma de vida que haya elegido para sí. Implica enseñar a niñas y niños a que busquen por sí mismos sus propios estilos de vida, aportándoles los medios que les conviertan en seres autónomos y tolerantes con las decisiones privadas de cualquier otra persona. Tal vez estemos asistiendo al nacimiento de una nueva forma de identidad fundamentada en la mezcla cultural. Relacionarse con individuos de culturas diferentes puede propiciar la revisión de nuestras componentes culturales, integrando si es pertinente nuevos valores provenientes de otras culturas. La nueva identidad cultural originada de este modo puede suponer un avance en humanización y también en civilización y, desde luego, implica, en última instancia, una radical afirmación del carácter de pertenencia que todos tenemos a una misma especie.

En fin, sobre la identidad personal descansa propiamente la diversidad, entendida ésta no como mera diferencia, sino como expresión de lo más auténtico y valioso que tanto sujetos como grupos deben proteger como íntimo y único. A última hora, crecer en cultura democrática supone producción permanente de símbolos que impulsen y motiven a vivir en sociedad practicando la vida privada más libre. Cuanta más relación libre entre personas, mayor interrelación se dará entre culturas; asimismo, más posibilidades habrá de modificar los rasgos culturales que resultan lacerantes y de edificar juntos los mejores valores posibles.

Estamos abocados a la configuración de una identidad personal. La ausencia o frustración de tal posibilidad se encuentra en la razón de tanto sufrimiento y padecimiento del hombre actual. Cuando no se dispone de criterios propios se depende dramáticamente de criterios y decisiones ajenos, produciéndose una dependencia alienante de los demás. Estando plenamente integrada en la vida social, la persona precisa una identidad propia todo lo firmemente establecida que sea posible, capaz de

liberarla de influencias que pudieran descimentarla, devastarla. En la construcción de la identidad personal, con todas sus limitaciones, nos jugamos nuestra universal vocación de felicidad.

Si preparar para la vida, en la medida de lo posible para la vida feliz, es tarea de la educación, la construcción de la identidad personal se convierte en un proyecto de educación ineludible y tal vez más necesario que nunca, ante las amenazas múltiples de despersonalización que acechan al hombre actual, lamentablemente actualizadas en no pocas personas incapaces de llegar a construir una convicción suficientemente estable de la propia identidad, careciendo así de un elemento fundamental para la propia vida. El autogobierno de la conducta, la autonomía personal, difícilmente puede desplegarse sin la configuración de la propia identidad, afrontando las adversidades y tramitando los conflictos diversos en los que el sujeto se verá envuelto necesariamente.

Ese producto relativamente autónomo que cada sujeto ha ido construyendo, paulatinamente, a través de sus múltiples interacciones con otros individuos en entornos cada vez más complejos y plurales, es a lo que llamamos identidad personal. Por ella un individuo es quien es y no otro. Se trata de un fenómeno singular de concreción de las distintas posibilidades de identificación que cada sujeto tiene, dentro de la trama de relaciones interpersonales que configuran su existencia. No hay identidad personal sin identidad cultural, pero es la cultura la que está al servicio de la persona y no al revés. Más aún, es conveniente estar vigilantes ante las influencias culturales, que con frecuencia oprimen más de lo soportable. La necesidad de pertenencia social que todos sentimos debe canalizarse adecuadamente en esta dirección. Los obstáculos que la realización de las identidades personales encuentran en las sociedades de hoy (segregaciones culturales, nacionalismos virulentos, brotes de racismo y de xenofobia, fundamentalismos opresores de distinto carácter, etc.) no constituyen sino un verdadero reto a la educación del siglo XXI.

No es preciso insistir, pues, en el papel crucial que la educación desempeña en la construcción de las identidades. Aun existiendo una considerable literatura sobre esta temática en múltiples ámbitos (filosófico, político, antropológico, psicológico...), la demanda de orientaciones pedagógicas, teóricas y prácticas, sobre los múltiples problemas relacionados con la construcción de identidades no hace sino crecer

paralelamente a la complejidad progresiva de nuestras comunidades. En este sentido, se plantean los diferentes trabajos de estas III Jornadas Pedagógicas de la Persona. Como puede apreciarse en los contenidos de las distintas Secciones de esta publicación, procuramos ahondar en la complejidad de los diversos elementos que conforman la identidad, las identidades. Nos centramos en la importancia de la identidad del profesor en los nuevos sistemas escolares. Tratamos de aproximarnos a los complejos mecanismos implicados en la construcción educativa de la identidad personal en los diferentes ámbitos de la vida; y no excluimos, finalmente, el enlace con cuestiones de fundamentos (antropológicas, filosóficas...), con la finalidad de coadyuvar a la realización de un análisis más riguroso de los fenómenos de identidad y sus implicaciones pedagógicas. Lo que de aquí siga es responsabilidad de todos.